

ANT-XIX-1282/4

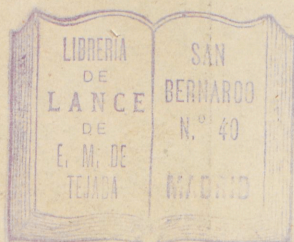
UN SEÑOR DE HORCA Y CUCHILLO

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL

DE

ENRIQUE ZUMEL



19 cm

R-92893



GALERIA DRAMÁTICA MALAGUEÑA.

Un Señor de horca y Cuchillo.

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

IIIX

D. ENRIQUE ZUMEL.



Núm. 47.

JULIO DE 1855.

laga: La Ilustracion Española, Calle Nueva, núm. 61.

Esta Galeria es propiedad de D. José Garcia Taboadela; quien llamará ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, sin recibir para ello la competente autorizacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Mayo de 1844, relativas á las propiedades, de las obras dramáticas.

Málaga: Imp. de D. Francisco Gil de Montes,
calle de Cintería, núm. 3.

PERSONAS.

Flavio el Conde.

Ordoñez.

Pablo.

Sancho.

Romualdo.

D. Rodrigo.

Adelaida.

Doña Elvira.

Nuño.

Capalleros armados, damas, pages, donceles, escuderos
con distintos escudos: soldados.

Libad media.

PERSONAS.

Flavio, el Conde.

Ordoñez.

Pablo.

Sancho.

Romualdo.

D. Rodrigo.

Adelaida.

Doña Elvira.

Nuño.

Caballeros armados, damas, pages, donceles, escuderos
con distintos escudos: soldados.

Edad media.



ACTO PRIMERO.

Interior de una casa de campo de pobre apariencia: chimenea con lumbre.

Escena I.

Romualdo y Adelaida haciendo labor.

ROM.

Reparo Adelaida mía
que no dejas la labor.

ADEL.

Si no me canso señor.

ROM.

Trabajando todo el día...
en fin, te dá esa mania...

ADEL.

sigue con ella, que á fê
que á nadie en eso incomodas.
Como á Flavio esperaré
así no me aburriré.

ROM.

A esperarle te acomodas
lo mismo que lo hago yo:
tambien él por verte clama
y nunca se descuidó
en venir, porque te ama.
No bajas los ojos, no.
Yo tu amor he conocido:
él parece muy honrado:
por eso le he recibido,
y tambien le he permitido
que pase el tiempo á tu lado.
Si hija mia: viejo ya
me encuentro: pronto mi muerte
presumo que llegará,
y quisiera de esa suerte
dejarte casada ya.
Ahora que solos estamos
y nadie nos oye aquí,
dime lo que sientes... vamos!...
tu lo amas?... En qué quedamos?...
Responde Adelaida.

Si.

ADEL.

ROM.

Eso ya lo conocia
sé que estas por su amor loca,
y no me pesa á fê mia;
pero escucharlo queria
Adelaida de tu boca.
Es buen mozo, y es valiente;
tiene bello corazón,
y es fina como vehemente
al parecer, la pasión
que por tí, mi vida, siente.

ADEL.

Cuánto gozo al escucharos!...
padre yo os tuve temor;
por eso pude ocultaros,
y vacilé en revelaros

la ternura de mi amor.
 Pero ya que protegeis
 este fuego en mi crece,
 su principio escuchareis,
 así el origen vereis
 de este afán que me enloquece.
 Al mostrar la bella aurora
 sus divinos replandores,
 cual la liebre corredora
 que entre las montañas mora,
 corrí yo en busca de flores.
 Ya la luna nacarada,
 trazada en el manto azul
 de la bóveda estrellada,
 desaparecia velada
 por nubes de blanco tul.
 Pues huía con recelos
 de aquel celestial árbol
 que causaba sus desvelos,
 teniendo terribles celos
 de la clara luz del sol.
 Y en ese ameno vergel
 formado por la natura,
 digna de diestro pincel,
 buscaba rosa y clavel
 entre alfombra de verdura.
 Vino ligero rumor
 á herir á poco mi oído:
 al pronto me dió temor,
 pero volví con valor
 á donde escuché el ruido.
 Un jóven se presentó
 de bellísima apostura:
 lindo ramo me ofreció,
 y el alma me cautivó
 su mirada de ternura.
 Despues en casa le ví;
 con vos, aquí departía:
 su amor, de su boca oí;
 yo mi corazon le dí;

le amé, con idolatria.

Blasfema no quiero ser
aquí delante de vos:

pero debeis conocer
que coloco su querer
entre mi padre y mi Dios.

ROM.

No tanto Adelaida mia
ponderes tu amor vehemente:

tu eres sola mi alegría;

pero de esa idolatria

mi corazon se resiente.

Me encuentro ufano, gozoso,

porque causa mis desvelos

el darte cumplido esposo;

mas de ese amante dichoso

casi casi tengo celos.

Padrel...

ADEL.

ROM.

No te turbes no:

ven á mis brazos mi bien;

no pienses me sorprendió

tu relato, porque yo

he sido mozo tambien.

Tambien el dardo senti

que dispara el niño ciego,

adoré, con frenesí;

te amo mas, porque veo en ti

una llama de aquel fuego.

Conozco bien el amor,

y recelo por lo mismo

que me olvidas.

ADEL.

ROM.

Yo Señor?

Tal vez nazca ese temor

en parte de mi egoismo.

Pero en fin, como ha de ser:

es razon, y sello el labio.

Eterno no puedo ser,

y tu escudo es el querer

que profesas á tu Flavio.

Cuando en mi sepulcro helado

me encierre á eterno reposo,

yo moriré consolado,
(Se vé pasar á Pablo por la ventana).
 si quedas feliz al lado
 de tu amante y fiel esposo.

ADEL.

Alguno ha pasado... sí...
 la vista no me engañó:
 por la ventana lo vi:

ROM.

Será Flavio?

ADEL.

(Corre á la puerta). Creo que nó:
 Un armado llega aquí.

Escena II.

Dichos y Pablo armado.

ADEL.

Pablo!

ROM.

Pablo! Gran Dios!...

PABLO.

Hermana mía!...

ROM.

Hijo del corazón!...

PABLO.

Padre querido!...

ROM.

Es verdad que te estrecho entre mis brazos;
 ¿es cierto ó ilusion de mis sentidos?...

PABLO.

Es realidad oh! sí! no queda duda!
 estoy en vuestros brazos padre mío.

ADEL.

Querido Pablo!...

ROM.

Ah! Dios, bendito seas!

Hoy me devuelves á mi caro hijo,
 y mi continuo afán y mis deseos,
 pronto Dios justo se verán cumplidos.

ADEL.

Tanto tiempo sin verte se ha pasado
 y ni aun razón de ti, en tanto tuvimos.

ROM.

Cuando se hace la guerra á los infieles
 y mandobles se dan muy repetidos,
 no se puede pensar en dar noticias,
 y menos en mandar ningún escrito.

ADEL.

Mas refiéreme hermano en este instante
 cuanto en ausencia tal te ha sucedido.

PABLO.

De punta en blanco y con robusta lanza

fuime á unir con los tercios aguerridos
 que á perseguir valientes la morisma
 cruzaban las montañas y los riscos.
 Todos jóvenes eran y arrojados,
 nos mandaba el bizarro Juan Galindo,
 y cerca de Valencia, contra el moro
 llegamos en tropel y decididos:
 A las manos por fin en breve tiempo
 con heroico valor todos vinimos,
 y el campo con la sangre que humeaba
 de víctimas, sin cuento, se vió tinto:
 Era lucha cruel: encarnizada:
 los arneses y cascos divididos
 rodaban por el suelo, y los lamentos
 volaban por el eco repetidos.
 Por muchedumbre de la raza mora
 envueltos á la vez todos nos vimos;
 luchábamos allí desesperados,
 de rabia, de furor, dando mil gritos,
 cuando al embate de arrogante moro
 del bridon se desprende Juan Galindo:
 todos al punto con la diestra armada
 á su socorro sin dudar nos fuimos,
 haciendo circular de sangre mora
 sobre la fina arena rojo río;
 el moro aquel que le derriba en tierra
 cae tambien con el cuello dividido
 y la morisma entonces irritada,
 venganza pide con rabiosos gritos:
 un enjambre de alfanjes y gumias,
 sobre nosotros vemos suspendidos,
 y valientes cristianos á sus golpes
 rodando por el suelo pronto vimos:
 el brioso corcel que yo montaba
 á tierra cae de lanzada herido,
 y de atroz cimitarra en la cabeza
 rudo golpe indefenso yo recibo;
 el sentido perdi, y entre los muertos
 quedo en el campo como tal tendido.
 Despues de concluida la batalla

que los cristianos sin dudar perdimos,
un hermitaño reconoce el campo,
y conoce al momento que estoy vivo.

Me recoje, y llevóme hasta su hermita
donde á poco de estar, cobré el sentido.

Y despues de seis meses de cuidados
que tuvo el hermitaño compasivo,

devuelta la salud, y aun mas la vida
y viéndome que estoy restablecido,

aquesta misma malla que sirvióme
para lucha cruel pronto me visto;

y cruzando por la aspera montaña
llego sano y veloz hasta este sitio.

Hijo del alma deja que te estreche
otra vez y otras mil al pecho mio!...

Pobre Pablo!...

ROM.

ADEL.

PABLO.

ADEL.

PABLO.

Adelaida!

¡Cuantos males
en esta larga ausencia has padecido!...

En todo el tiempo que en el lecho estuve
el recuerdo de ambos he tenido

y he calculado la ansiedad terrible
que tendriais ignorando mi destino,

mas como á veces yo desconfiaba
de tornar al hogar paterno vivo,

malas nuevas y amargos sinsabores
no quise por entonces remitiros.

Pero decidme ahora: en ese tiempo
que os ha pasado aqui?

ADEL.

Siempre lo mismo:
esta vida tranquila que tu sabes

que se pasa viviendo entre los riscos.
Ha sucedido mas: oyeme Pablo.

ROM.

Cuatro meses hará, que un hombre vino
bien jóven en verdad: con buen talante:

por poco tiempo demandome asilo,
y aqui junto al hogar ambos sentados,

por largo rato solos departimos.
Su plática agradable, interesome,

mostrose al retirarse agradecido,

y volvió á la otra tarde, y á la otra,
y siempre por las tardes aquí vino:
es un jóven honrado, y vive cerca:
es valiente tambien, y bien nacido;
y habita segun supe, en ese pueblo
que está en la sierra, y que se vé vecino.
El amor en el pecho de Adelaida
y en el del buen mancebo se ha encendido,
y en tomando de nuevo mas informes,
tengo resuelto ante el altar unirlos.
Si ese hombre es leal, seré su hermano,
pero si no lo fuere, su enemigo!

PABLO.

ADEL.

PABLO.

No temas nó que intente
oponerme á la ley de tu alvedrio;
si él es digno de tí, será tu esposo:
si te hiciere feliz, siempre sumiso
tendrame á su mandato, y aun la sangre
daréle de mis venas: si distingo
en su alma maldad, ó su conducta
no marchase por recto y buen camino,
entonces yo su pecho atravesando,
le hundiera para siempre en el abismo.
Pero padre me cansan los arreos
de duras mallas y de casco limpio:
¿me quereis ayudar á despojarme?
¿Que si quiero ayudarte dices hijo?
Pasemos á esa estancia.

ROM.

PABLO.

ADEL.

Vamos luego.
Abrázame otra vez, hermano mío!...

Escena III.

Adelaida.

Respira al fin corazon
que mi hermano en casa está,
y fin dichoso tendrá

hacia Flavio mi pasión.
 Y la zozobra cruel
 Que aquí en el pecho tenía
 hoy se torna en alegría
 porque Flavio será fiel.
 Oh! si, que por mi delira
 y yo no debo dudar...
 grande fuera mi pesar
 si fuera su amor mentira.
 Gozosa, impaciente estoy,
 pronto el sol se vá á poner,
 ¿qué le pudo detener?
 mucho tarda por Dios hoy. (*Vá á la ventana*).
 Un hombre bajando vá
 por la montaña, si, si!...
 es Flavio, claro lo vi
 Albricias, que viene ya!...

Escena IV.

—

Adelaida, Flavio.

FLAV. Adelaida me esperabas?...
 Acaso impaciente estabas
 mi vida porque tardé?
 ADEL. Temí que inconstante fueras
 y ya de que aquí vinieras
 hoy Flavio desconfié.
 FLAV. Mas di Adelaida querida
 ¿porqué siempre así afligida
 desconfías de mi amor?
 ¿porqué viertes ese lloro?...
 ¿no sabes que yo te adoro,
 te idolatro con ardor?...
 ADEL. Escuchame Flavio mio:
 te amo yo con desvarío,
 no lo puedo remediar.

Desde el día en que me viste
 y aquellas flores me diste
 comprendí lo que es amar.
 Despues sumiso me hablaste
 ufano me revelaste
 lo ardiente de tu pasión.
 Me pintaste tu martirio,
 y en amoroso delirio
 te entregué mi corazón.
 Dueño de él te has encontrado
 y astuto le has educado
 solamente para amar.
 Te he dado de esta manera
 mi honor con el alma entera:
 ¿que mas te pude yo dar?
 Indiferente te veo
 algunas veces; no creo
 por Dios, engaño de tí.
 Porque si tu me engañaras
 y al cabo me abandonarás
 muriera con frenesí.
 Esos continuos temores
 me causan tristes dolores
 y voy de esperanza en pos.
 Mi pena, dijo mi labio:
 no me olvides nunca Flavio,
 pues te adoro como á Dios!..
 Recobra pues tu esperanza,
 y deja desconfianza,
 que me ofende por mi fé.
 Hoy me detuvo un homilia
 por asuntos de familia,
 y por eso me tardé.
 ¿Olvidarte prenda mia?
 ¿no sabes que mi alegría
 y mi dicha existe en tí?..
 ¿No sabes que enmorado
 y dichoso al verme amado
 quisiera estar siempre aquí.
 No te apartas de mi mente;

FLAV.

en el campo, en el torrente,
 en todas partes muger
 donde la vista he fijado
 tu semblante idolatrado
 tan solo he llegado á ver.

Si salgo en hora temprana
 cuando la aurora galana
 le dá al mundo su arrebol,
 digo al ver que el sol descuella,
 es mi Adelaida mas bella
 que los rayos de ese sol...

Cuando de aquí me retiro
 árboles y plantas miro
 con su fragancia gentil.

La brisa entre ellas murmura
 y digo... es ella mas pura
 que aquesta brisa sutil.

Reposo busco en el lecho,
 y allí tranquilo mi pecho
 respira sin padecer.

Y en mi mente acalorada
 si sueño mi prenda amada
 tu faz miro aparecer.

Siempre aquí en mi mente estas
 siguiéndome siempre vas
 objeto de mi pasión.

Tu imagen aquí reside,
 y no es posible te olvide
 si vas en mi corazón.

ADEL.

Flavio con esas palabras
 mi eterna ventura labras
 y terminas mi sufrir.

Tu mi esperanza renuevas;
 y en cambio, muy buenas nuevas
 te voy al punto á decir.

Mi padre sabe te quiero:
 que mi amor es verdadero
 y que está mi dicha en tí.

Mi hermano Pablo, ha llegado
 es valiente y buen soldado,

y está con mi padre allí.

Dice que si honrado eres
que si tú feliz me hicieres

su sangre te habrá de dar.

Siendo así, nuestro deseo

lo coronará himeneo

ante el ara del altar!

FLAV. Así Adelaida lo espero:

ya oscurece, y marchar quiero

porque lo ordena el deber.

ADEL. Y tan pronto? Dios me acuda

no reparas que sin duda

te querrá mi padre ver?

Escena V.

—

Dichos Romualdo y Pablo.

ROM. Es verdad, de esa manera
os marchabais?

FLAV. Es Señor

que asuntos de mi familia

reclaman hoy mi atencion

y creí que con el hijo

que segun supe llegó

estuviérais... ese joven...

PABLO. Yo soy vuestro servidor,

y además si sois leal,

tambien vuestro hermano soy

como tambien he de ser

vuestro enemigo sinó.

FLAV. Vuestra mano: esa franqueza,

me cautiva el corazon.

En buena cuna nací,

y nunca villana accion

mis obras han mancillado,

que soy pobre, y con honor:

Le profeso á vuestra hermana

un inestinguible amor,
y ella es alma de mi alma,
y en ella idolatro yo.
Acepto el nombre de hermano,
Pero el de enemigo no!...
Adios quedad: se hace tarde.
Mañana al salir el sol,
volveré por estos sitios
y largo hablaremos.

ROM.

Oh!

me acomoda, que yo tengo
mucho que tratar con vos.

PABLO.

Voy, que quiero acompañaros
hasta el monte.

FLAV.

Hermano, no!

Solo voy, que no hay peligro;

PABLO.

Si no iré por precaucion,
es mi gusto...

FLAV.

Si quereis...

Adios Adelaida.

ADEL.

Adios...

ROM.

El os guie.

FLAV.

Buen anciano,
que el cielo os bendiga á vos.

Escena VI.

Adelaida, y Romualdo.

ADEL.

Me figuro padre mio
que muy felices seremos.

ROM.

El cielo lo quiera asi:

Tengo fé en ese mancebo

y que á ti te hará dichosa

querida Adelaida espero

ADEL.

Si padre: luego á mi hermano

aquí tambien le tenemos,
y todo dicha será
todo placer: en el pecho
no me cabe el corazon
por el júbilo que tengo!
Dichoso ha sido este dia...
mas se acerca un caballero.

ROM.

Escena VII.

Dichos y Ordoñez.

ORD. Dios os guarde buen anciano.

ROM. A vos os proteja el cielo.

ORD. Ha un momento que dos hombres
unidos de aquí salieron.

¿conoceis esos dos hombres?...

ROM. Tal pregunta.

ORD. Hacerla puedo;

tal vez os haga un favor
pues que llegué á conocerlos.

ADEL. (Qué será?)

ROM. Mi hijo es el uno:

el otro es un forastero
que Flavio tiene por nombre
y bastante amigo nuestro.

ORD. Por vuestras palabras juzgo
y al ver el desasosiego
de esa respetable jóven
que ya no he llegado á tiempo.

ROM. ¿Qué decis?

ORD. No he dicho nada

que en este instante comienzo,
y sé que con mi relato
destrazaré vuestro pecho.

ADEL. Ah!...

ROM. Cielos! Explicaos.

ORD. Voy: mas antes de hacerlo,

os revelaré una historia
 porque conozcáis mi objeto,
 y veas quiero apartaros
 del mal que os amarga acerbo.
 Yo he nacido en una aldea
 que no ha llegado á ser pueblo,
 y un padre y hermana tuve
 dignos de cariño eterno.

Partime para la guerra,
 y cuando á mi casa vuelvo
 tropecé con el sepulcro
 de mi padre, que los cielos
 que muriese de pesar
 y deshonrado quisieron.

Mi hermana mártir de amor
 en cerrado monasterio,
 lloraba su liviandad
 su desventura sufriendo.

Ansioso: desesperado
 la causa del mal inquiero,
 y supe que una mañana
 llegó á mi casa un mancebo,
 muy honrado al parecer:

le amó mi hermana, en extremo:
 ella jóven inocente,
 él sagáz y lisongero,
 al cabo de algunos meses
 villano y mal caballero,
 el honor arrebatole
 abandonándola luego.

(Ahl...)

Sí, lo supo mi padre;
 y el valiente y noble viejo
 no pudiendo soportar
 de la vil deshonra el peso,
 por toda una eternidad
 cayó en el tranquilo sueño.
 Llorando mi pobre hermana
 retiróse al monasterio,
 y yo les juré vengar

ADEL.
 ORD.

de angustia y de furia ciego;
 busqué al villano furioso,
 y le hallé, y estoy viviendo
 á su lado: soy su amigo,
 su confidente; su deudo,
 pero es porque la ocasion
 de vengarme airado espero,
 yo soy solo un miserable
 él es noble caballero:
 no hay justicia para él
 porque en su elevado puesto,
 es Señor de horca y cuchillo;
 en sus dominios el dueño,
 y serpiente venenosa
 en su castillo le acecho.
(Aparece Pablo, y escucha)

ADEL.
 ROM.
 ORD.

(Oh! desdichada de mí...)
 Mas esa historia, á qué intento...
 Que vos teneis una hija
 que ahora mismo está sufriendo:
 que sois amigo de un hombre
 infame y mal caballero,
 le conocisteis por Flavio,
 y mi hermana, por D. Pedro:
 que no marcha como dice
 á aquel inmediato pueblo;
 él vá á su fuerte castillo
 de donde es Señor y dueño:
 el engaña á vuestra hija
 y le arrebató el sosiego,
 mientras dispone con otra
 un ventajoso himeneo.

ADEL.
 ORD.

(Ah!) *(Cae desmayada)*.
 Anciano bien me temí
 que ya no llegaba á tiempo.

Escena VIII.

Dichos y Pablo.

PABLO.

Dios de Dios!... el miserable
nos estaba escarneciendol..

Mis mallas y mi armadural...

ORD.

Mas que ¿adelantais con eso?

ROM.

En que te ofendi gran Dios?...

PABLO.

Quiero atravesar su pecho,
y beber su sangre impura.

ORD.

Ireis á morir mancebol...

He dicho que soy serpiente
que en su castillo le acecho;

no malogreis vuestra vida

corriendo á la muerte ciego.

PABLO.

Y cuando podré vengarme?

ORD.

Cuando lo disponga el cielol...

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Salon del castillo del Conde lujosamente adornado: puertas á derecha é izquierda, puerta secreta: Por el foro se vé el jardín.

Escena I.

Ordoñez y Sancho.

SANCHO. Amigo, bueno es el día:
todo será regocij'.
todo fiesta y alegría,
que se alejará colijo
de aquí tristeza sombría.

ORD.

Nadie sabe el porvenir:
 nadie puede adivinar
 lo que llegará á sufrir,
 ni cuando se ha de morir
 ni cuando se ha de gozar.

SANCHO.

Al escucharte, traidor
 creyérate á tu señor
 el que no te conociera
 el placer que aquí se viera
 te causa acaso dolor?

ORD.

Al contrario: y considero
 el gozo que aquí va á haber;
 mi amo noble y caballero
 un porvenir lisongero
 aguarda de esa muger.
 De esa niña que le dan
 por conciertos y por plan
 pues le quiere por amigo
 el bueno de D. Rodrigo,
 y amigos así serán.

Mas como el mundo es así
 por lo comun engañoso,
 no juzgo por lo que ví:
 se aguardan dichas aquí;
 no nos burle Dios piadoso.

SANCHO.

¿Porqué así desconfiar?
 En breve irán los esposos
 marchando sin vacilar
 con sus trages suntuosos
 á enlazarse ante el altar.
 ¡Qué vista al castillo ofrece!..
 entre pages y escuderos
 mas la animacion se acrece;
 y el mejor lado merece
 la flor de los caballeros.
 Vestidos de seda y oro
 y escudos de pedreria;
 pues cada cual un tesoro
 ostenta con gallardia:
 Entonan alegre coro

Celebrando el himeneo
de instrumentos al compas,
cumpliendo así el buen deseo
del Señor, que según creo,
tan feliz no fué jamás.

Su semblante placentero
amor y placer respira:
elogiando lisongero
el rostro tan hechicero
de su esposa Doña Elvira.
Esta tarde lucirán
los nobles rica armadura;
pues valientes justarán
y todos anhelarán
el premio de la hermosura.

Lidiaran con vizarría;
las señal bará el clarín
y cesará la porfía
dando fin á tan gran día
con suculento festín.

ORD. Sin duda que así será:
no pienses tengo recelo:
mi pecho tranquilo está:
mas el hombre pone acá,
y Dios dispone en el cielo.

SANCHO. Siempre, siempre cabiloso:
si continuas así
nunca gozaras reposo:
pero el Conde ya gozoso
con la gente viene aquí.

Escena II.

Los mismos, El Conde, Elvira, D. Rodrigo, damas, Caballeros, pages, donceles, escuderos, y alabarderos.

CONDE. Ya veis noble esposa; do quier mis vasallos
á vos os obsequian con gozo sin fin

despues en la justa debeis coronallos
cuando ésta señale sonando el clarín:
En este recinto sereis la señora
hasta ahora yo he sido su solo señor
mas deo de serlo tambien desde ahora,
pues quedo cautivo con grillos de amor.
Alianza y franqueza de hoy mas D. Rodrigo
la paz afiance y mejore el cariz
contemploos ahora cual padre y amigo
y asi al contemplaros me juzgo feliz.
Cual hijo amoroso, tambien Conde os miro,
y en prueba os entrego mi mas caro don
por mi hija querida cual padre deliro
porque es el encanto del fiel cerazon.

ROD.

Os llevo hasta el hara: será vuestra esposa:
os pido que nunca dejeisla de amar
haced á mi Elvira por siempre dichosa
y por vos mi sangre, sabré derramar.

CONDE.

Si puedo sumiso labrar su ventura
con ser un esposo solícito y fiel:
Si quiere respeto, sabrá mi fé pura
vistiendo armadura montar mi corcel
y lanza empuñando someter ciudades
que todas las mande mi Elvira gentil,
y muchos vasallos de todas edades
pondran á sus plantas, mil tributos, mil.
Si quiere corona que ciña su frente
corona de Reina, lo conseguirá
sabrále su esposo conquistar valiente,
coronas sin cuento que á sus pies pondrá.

ELV.

No quiero mi esposo esponer vuestra vida
que no es temeraria mi solicitud:
amor es tan solo lo que á vos me anida
y anhelo vivamos con santa quietud.
¿A qué por coronas poner locamente
en grave peligro la vida y honor?

ROD.

Corona mas grata pondré yo en tu frente,
de rosas, tegida con dardos de amor.
Por esos jardines vaguemos si os place
en tanto que llega el ministro de Dios.

CONDE.

Idea dichosa que á fé que me aplice;
 id á los jardines que iremos en pos.
 Porque alegre, el canto de los ruiseñores;
 pintadas palomas se ven por allí;
 luciendo en sus alas divinos colores
 posadas en rosa, ó en blanco aleli.
 Tambien embelesa el agua corriente
 que de gruesos caños se mira saltar
 de una primorosa solitaria fuente
 que suele con perlas la flor salpicar.
 Y los cenadores labores divinas
 ostentan, formados por arte español:
 domina á la rosa tan llena de espigas
 frondoso y lozano, gentil girasol.
 Gozad hora dellas: despues á la lidia:
 las flores á Elvira, por hoy no verán,
 que las mas hermosas, sin duda de envidia
 al verla tan bella, se marchitaran.

Escena III**El Conde y Elvira.**

CONDE.

Sumiso me ves Elvira
 feliz siendo con tu amor
 cese por fin tu dolor
 no fué mi pasión mentira.

ELV.

Sí, ya tengo confianza
 ya terminó mi sufrir
 contigo me voy á unir,
 y se cumple mi esperanza.
 Cuando mis quejas te daba
 y por tu olvido temia
 ya sabes, que yo tenia
 mi razón, que me bastaba.
 Conde joven y arrogante
 y en galantear maestro
 teniendo á la par que diestro

el corazon de diamante.
 Segun lo que me contaron,
 de tus raras aventuras
 temi por ti desventuras,
 que á Dios gracias no llegaron.
 Pero hoy ya mi dicha labras
 pues te consagras á mi
 cumpliendo al obrar así
 mi ventura y tus palabras.

CONDE.

Desde hoy mas, será mi anelo
 hacer tu felicidad,
 y tu divina beldad
 hará mi castillo un cielo.
 Cierto que alguna aventura
 se cuenta estraña de mi;
 todo lo olvido por ti
 hechicera criatura.
 Tan jóven y enamorada
 tan sencilla y candorosa
 mereces ser... no mi esposa
 sino mi dueña adorada.
 Al verte, amarte es preciso;
 y al merecer tus favores,
 es gozar con tus amores
 la vida del paraíso.

ELV.

Me causas tanto placer,
 que voy imaginando ya
 que mas dichosa; no habrá
 en el mundo otra muger.
 Porque en mi primera edad
 y en mi castillo encerrada
 era para mi ignorada
 la engañosa sociedad.
 Con mis dueñas, y sin madre,
 mi infancia bella pasó,
 y solo gozaba yo
 las caricias de mi padre.
 Mis criados diligentes
 sumisos me obedecian
 y muy veloces cumplian

mis caprichos inocentes.
 Hora al parqué, hora al jardin
 á buscar la mariposa
 que tiende el ala preciosa
 sobre el lozano jazmin.
 Y en mis juegos infantiles
 sin conocer el penar
 he visto por mi pasar
 así diez y seis abriles.
 Mas una tarde por fin,
 pues orden fué del destino,
 á llamar mi atencion vino
 el acento de un clarin.
 A los altos murallones
 del castillo me asomé,
 y acercarse divisé
 piafando muchos bridones.
 Sobre ellos, la luz pura
 del sol bello reflejaba
 pues cada campeon llevaba
 el sol sobre su armadura,
 Al verlos, me conmoví,
 pero se aumentó mi afan,
 cuando á uno mas galan
 que todos le distinguí.
 Si fué Dios ó belcebú
 quien hirió mi corazon,
 no lo sé; mas mi pasion
 la inspiraste solo tú.
 Despues amores te oí;
 y confusa: enagenada
 yo mi alma enamorada,
 al momento te rendí.
 De mí luego te apartaste,
 y por tu olvido temia:
 por fin llega el feliz dia
 que amoroso me anunciaste.
 Y escuchándote aqui hablar
 me he podido presumir
 que comienzo ahora á vivir;

á vivir, para gozar.

Escena IV.

Dichos, D. Rodrigo, Sancho, Ordoñez, damas, pages, donceles, escuderos, caballeros armados.

Ron. Ha llegado Conde amigo
el Abad, y en la capilla
espera ya á los esposos
para asegurar su dicha.
Entre ricas colgaduras
arañas preciosas brillan;
del órgano, los acentos
la ceremonia publican,
y los ricos incensarios
el incienso hacen ceniza:
Los preciosos ornamentos;
el terciopelo y las cintas,
los diamantes y esmeraldas
y mil perlas muy distintas;
el oro limpio y la plata
todo entre las luces brilla:
y ya solamente faltan,
los novios y comitiva.

CONDE. Allá vamos al momento;
dame la mano mi Elvira,
y ante el ara del altar
nuestra union sea bendita.

Escena V.

Dichos, Pablo y Adelaida, puerta Secreta.

PABLO.

Deteneos!...

TODOS.

Ah!

ELV.

Gran Dios!...

CONDE.

¿Quién insolente...

ADEL.

Adelaida es ¡oh Conde la que miras!
Es la pobre muger que alucinada
por el mentido amor que vil le pintas
te ha entregado su amor, su honor tan puro
cual los rayos del sol que se divisan.

ELV.

¡Oh Cielos!...

CONDE.

¡Tú te atreves!...

ADEL.

Conde, á todo!...

Mi anciano padre en el momento espira,
y muere asesinado por tu infamia
pues le robas la honra de su hija!...
mi ardiente corazon te idolatraba
le engañaste brindándole su dicha,
y así que le consientes le arrebatas
el bien que tan rendido le ofrecias.
Me hiciste concebir pasion ardiente,
inventando perjurio mil mentiras;
y mi sencillo pecho despedazas
y huérfana me dejas y perdida!
Me ocultaste tu nombre y tu grandeza;
de otra manera, no me engañarias,
porque yo conociera la distancia
y no te consagrara amor y vida!
Impostora! saldrás de mi castillo!...
Impostora la llamas!... ¿no te humillas
ante esa desgraciada, ni la muerte
de un padre anciano Conde te horroriza?
Pues bien!... hijo y hermano, decidido
me encuentro aqui para vengar dos victimas.
Siendo noble y leal fuera tu hermano,
y por tu vida diera yo mi vida.
Mas siendo un vil, mi mano vengadora
mi espada con tu sangre pondrá tinta,
porque desprecio tu poder, tus deudos
tu corona ducal y tu cuchilla
y en prueba del furor que me enagena
de lo que soy capaz contigo mira!...

CONDE.

PABLO.

(Desembaina: Sancho, Ordoñez y Caballeros se arrojan sobre él y le desarman).

ORD.

Insolente!...

SANCHO.

Villano!

PABLO.

¡Que cobardel...

No te escudes con esa comitiva!...
ven al campo conmigo, cuerpo á cuerpo
pon limite si quieres á mi ira.

Pero eres un traidor!... Un miserable!...

Los Señores!... Oh sí!... Raza maldita!...

CONDE.

Llevad á ese villano á la alta torre
y acabad al momento con su vida.

(Se lo lleva Ordoñez).

ADEL.

Otra víctima mas!... ¿Qué hace ese cielo?

Donde ese Dios está que aquesto mira

y no hace al desgraciado como debe

viendo su corazon pronta justicia!...

CONDE.

A esa loca muger, llevadla luego

á una oscura prision; la fiesta siga!...

ADEL.

Oh!...

ROD.

No!... Deteneos, si Conde!... deteneos!

Vuestra esposa no puede ser mi hija!...

Jamas consentiré con una fiera,

con tigre como vos que quede unida:

Quise darle un esposo amante y noble

que supiese labrar su eterna dicha,

pero á costa del mal de una infelice

dichosa no será mi pobre Elvira!

ELV.

Mucho le amaba yo!... ya le detestol!...

ya su sola presencia me horroriza!...

Marchémonos de aqui, padre querido!

el dolor de esa triste me lastimal!...

ADEL.

Gracias señora!... gracias!... un consuelo

le dais así á mi alma dolorida!...

Si amándole siguiéseis, mil ternezas

con labio mentiroso os juraria!...

¡Qué dichosa creime al escucharle!...

CONDE.

¡Quién sospechára ¡Oh Dios! tanta perfidia!...

Mientes villana vil!... Mientes!... Yo nunca...

ese amor que nos cuentas pintaria

á una muger oscura que moraba
 en choza solitaria entre Colinas;
 á una muger que cual las mismas fieras
 conserva en los peñascos su guarida;
 Esta muger señores, está loca!
 Contempladla y vereislo bella Elvira!

ADEL.

Loca estoy, de dolor, y de despecho
 al mirar que tu alma es tan inicua!

ROD.

Basta Conde de inútil fingimiento!
 Mis deudos, mis amigos, que me sigan.
 Marchémonos de aquí, que es vergonzoso
 presenciar esta escena que me irrita.
 Olvida tu pasión: vé sus delitos,
 y ellos borren tu amor infeliz hija.

CONDE.

Deteneos!...

ROD.

Yo estoy en tu castillo,
 mas no por eso ante tus pies me humillas;
 tienes deudos aquí; tambien los tengo
 hay caballeros que mi causa sigan,
 y basta tal escándalo sin duda:
 basta pues tu crueldad y villanía,
 para que deudos tuyos te detesten,
 y muy contentos al marchar me sigan;
 la amistad prometida queda rota
 tu enojo contra mí, no me intimida;
 poderoso cual tú soy, ya lo sabes!
 Caballeros, vosotros que en la liza,
 ibais pues á mostrar vuestra destreza
 celebrando la boda de mi Elvira!...
 El que vea la razon, puede seguirme:
 marchémonos de aquí; Ven hija mia.

(Vase seguido de Elvira, algunos pag's, las da-
 mas, y caballeros armados).

Escena VI.

El Conde, Sancho, Ordoñez que sale: pajes, y Adelaida que permanece abatida.

CONDE.

Vive Dios! y le siguen:

¡En mi contra casi todos!...

Es sueño lo que me pasa?

ó lo miraron mis ojos?

Dormido creo que no estoy,

pero pienso que estoy loco!...

Mas Señor!...

SANCHO.

CONDE.

Hubo traidores

que por la puerta del foso

han guiado á esa muger...

¿quién pudo ser?... ¡me sofoco!...

Responde al punto villana,

y no acrecientes mi enojo!...

¿quién ha sido el miserable

que te dijo... te respondo

de ponerte en libertad

si me dices...

ADEL.

Hombre odioso!...

esa libertad desprecio,

y en húmedo calabozo

prefiero morir, callando,

á nombrar al generoso

caballero, que indignado

de tu proceder, del foso

me ha descubierto la entrada!

La libertad!... cuando pronto

mis restos se encerrarán

del ataúd en el fondo

llorando tu villanía

al par que el fin lastimoso

de mi desgraciado padre

y el de mi hermano!... Sí, monstruo!...

¡Qué me importa tu piedad

ni tu vengativo encono!...

¡Qué me importa ya del mundo?...

mándame al encierro lóbrego

donde mi existencia acabel...

Sin duda Dios poderoso

el castigo te dará!...

Teme su divino enoj!...

Que yo que inocente muero,
te desprecio... y te perdono!...

CONDE.

Sancho sigueme al momento

que á ese Rodrigo orgulloso,

yo le haré que se arrepienta;

pues mi vengativo encono

en su sangre he de saciar;

Ordoñez! ¿que fué del otro?

ORD.

Ya señor ha perecido (*En voz baja*).

en el mismo calabozo.

CONDE.

A esa muger aprisiona:

que yo cual Tigre rabioso

meditaré la venganza

para que la sientan todos.

Todos se fueron tras él,

y Elvira... yo me sofoco!...

Sígueme Sancho... ¡ay de ellos...

si yo mi venganza logro!

Escena VII.

Ordoñez y Adelaida.

ADEL.

Quien quiera que vos seais,

de mi pena precursor,

quien para venir aquí

oficioso me guió,

y que sois de ese malvado

un sumiso servidor,

¿Qué es de mi hermano, decid!...

yo no sé en esta ocasión
si amigo ó enemigo mio
encuentro abatida en vos
pero seais lo que fuereis,
siquiera por compasión
decid, ¿que fué de mi hermano?

¿acaso el triste murió?

No ha muerto, que ya está libre!

Mas no me engañéis por Dios!...

No os engaño: á vuestra casa

de estos males precursor

ful, mas quise evitarlos,

y tarde he llegado... Oh!...

pero aquí, de todos modos

vuestro amparo seré yo.

Gracias Dios mío! Gracias!

Hablad bajo, por favor!...

Por una oculta salida

ya del castillo, veloz

vuestro hermano, en libertad

por mis medidas salió:

ahora, veremos si puedo

hacer lo mismo con vos,

que sino, cuando mañana

se calme de ese furor

ese conde endemoniado,

querrá saber quien osó

mostraros la entrada, y él

os dará tormento atroz

como no lo confeseis,

si confesais, muero yo!...

Pero vamos adelante

que ya me inspirará Dios!...

Seguidme!...

(Va á salir por el foro y retrocede asombrado).

Cielos! ¿qué miro!...

gente armada!... sí!...

Oh! Dolor!...

y mi hermano entre esa gente!...

ORD.

ADEL.

ORD.

ADEL.

ORD.

ADEL.

ORD.

Todo!... todo se perdió!...
 y yo que le dije al Conde...
 ya conoce mi traicion!...
 Moriremos!... es seguro!...
 Mas tal vez puede que no... (*Mira*).
 Ya vienen!... por esa puerta...
 Mi hermano!...

ADEL.

ORD.

Marchemos!... Oh!...

(*Corre á abrir la puerta secreta llevando á Adelaida de la mano, al abrirla se presentan en ella cuatro hombres armados, y Adelaida y Ordoñez consternados dan el grito Oh!... gente armada sale por el foro con el Conde y Nuño.*)

CONDE.

Apoderaos al punto (*A Nuño*).
 de ella, y de ese traidor!
 piedad no haya para él,
 ni para el mancebo... nó...
 par a esa muger, la torre:
 la muerte para los dos!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Sala del castillo: puerta al foro con cortinas; puerta á la derecha, y á la izquierda: el teatro estará iluminado por dos bombas sobre columnas de bronce: habrá un altar pequeño que á su tiempo gira, y es una puerta secreta, en la derecha en último término.

Escena I.

Nuño y Sancho.

SANCHO.

Si vives es porque el Conde
se encuentra casi difunto,
y no conviene irritarle;

que sino, ya su verdugo
la muerte te hubiera dado.
Nuño. Te afirmo como soy Nuño,
que Ordoñez esa salida
conocía: te lo juro:
Le encerré en su calabozo
con aquel mancebo astuto;
me fui por el buen Abad
para que viniese al punto
á ayudarles á morir;
y cuando vuelvo, procuro
abrir la prision; no puedo
conseguirlo, y recurro
á saltar la cerradura:
la salto pues, y en lo oscuro
del calabozo no hallo
de los dos presos, ninguno:
no sé por donde escaparon,
y en ello solo discurro;
despues hallamos alzada
la loza de aquel sepulcro
que se halla en el subterráneo,
y dá salida sin mucho
trabajo, á aquel pasadizo
que sale fuera del muro.
Ordoñez aqui vivia,
y yo tan solo presumo
que él conoce los secretos
del castillo; no calculo
como pudieron salir
del calabozo...

SANCHO.

No, Nuño...

no consigues convencerme:
él escaparse no pudo,
como tú no le ayudarás:
mas presto el rigor sañudo
del Conde tú sufrirás:
si se mejora... seguro...
la vida te ha de costar;
y que te escapes, lo dudo...

Nuño.

Pero Sancho: carcelero
del conde ha tiempo, y verdugo,
nunca á mi deber falté
ya lo sabes.

Voz del Conde.

Sancho!...

SANCHO.

Nuño,

creo que llaman: voy allá:
espérame vuelvo al punto

Escena II.

Nuño: *el altar gira, y sale Ordoñez.*

Nuño.

Favores á Ordoñez debo
por él me comprometí:
Sancho sospechó de mi,
y á mirarle no me atrevo:
Si el Conde de esa dolencia
se mejora y me interroga,
el morir en una soga
será por Dios mi sentencia:
Y salir no podré, noté:
ya la gente tendrá aviso;
¿pero de este compromiso
quién me saca cielos?

ORD.

(*Llegando por detras.*). Yo!

Nuño.

Mas tú aquí? Por Belcebú!

sin duda estas endiablado.

ORD.

No, Nuño, que en ese estado
presumo que te hallas tú.

¿Te arrepentiste quizá
de haberme dado la vida?

Otra suma prevenida
á quitarte el miedo está.

Nuño.

¿Y de qué me ha de servir
si el Conde restablecido,
viendo que traidor le he sido
se empeña en que he de morir?

ORD.

El Conde no se mejora,
y pronto de ese malvado
que mil duelos ha causado
llegará la última hora.

Porque soy tu buen amigo,
al huir, no me olvidé

de ti, que al punto pensé
avisar á D. Rodrigo:

Yo le he dicho, que quizá
esa muger desdichada
será á su furia inmolada,
y á libertarla vendrá:

Porque la maldad le asombra
de este soberbio Señor;
conque recobra el valor:

de aquí, saldrás á su sombra.

No tienes que recelar;
un favor grande, me has hecho;
la gratitud de mi pecho
te sabrá recompensar.

NUÑO.

A fé que me das valor

hablando de esa manera,
y suceda lo que quiera
me tendras en tu favor.

Ese hombre ó Belcebú,
dicen que grande mal tiene
¿de qué ese mal le proviene?
¿lo sabes acaso tú?

ORD.

Que si lo sé? Si á fé mia:
desque me diste discreto
salida, vine en secreto
por ahí, de noche y día.

Llegaba con la esperanza
que hace tiempo aquí guardé;
la ocasion aproveché,
y realicé mi venganza.

NUÑO.

ORD.

Luego tú...
Lo has comprendido?
di pronto: á aquella muger
que el Conde mandó prender

Nuño.

conmigo, ¿donde han metido?
 En la alta torre se halla,
 se vá por caracol ancho
 las llaves las tiene sancho,
 y es espesa la muralla.
 Se encuentra en su soledad
 tan grandemente guardada
 que empresa será escusada
 querer darle libertad.

ORD.

De acuerdo estemos los dos,
 los dos, á Sancho acechemos;
 el medio, lo buscaremos;
 lo demas, que lo haga Dios!

Nuño.

Dices que cual enemigo
 del Conde presto vendrá
 y libertarla querrá
 de su prision D. Rodrigo.

ORD.

Y si esto sucede así
 para que necesitamos...
 Hoy Nuño á sacarla vamos
 por ese sitio de allí.
 ¿No ves que si Sancho viera
 llegar fuerzas al castillo
 teniendo en mano el cuchillo
 rehenes con ella hiciera?

A aquese inmundo reptil,
 cuando aqui el Conde cayó
 enfermo, el mando le dió,
 por adulator servil.

Salvarse de cualquier modo
 querrá si peligro hubiere;
 y si medio no tuviere
 atropeará por todo.

Nuño.

Ordoñez, tienes razon,
 ocúltate: creo que viene;
 buscaré pues nos conviene,
 favorable una ocasion.

(Vase Ordoñez puerta secreta altar).

Escena III.

Nuño y Sancho.

SANCHO.

Me esperabas Nuño á mi?...

NUÑO.

Como así me lo mandaste...

SANCHO.

Marcha, y de los calabozos

no pierdas nunca las llaves;

que si se van otros presos,

aunque el mal del Conde agrave,

al momento que lo sepa

seras buen Nuño, cadáver.

NUÑO.

Que siempre he sido leal

demas, oh Sancho, lo sabes;

en la fuga de los dos

no tuve ninguna parte;

de todo soy inocente:

al deber, no temas faltar;

por lo tanto, mi conciencia

nunca puede atormentarme.

SANCHO.

Silencio, y márchate, Nuño:

ya haces falta en otra parte,

que tu deber está allí,

y ya es hora que te marches.

NUÑO.

Ya obedezco. (¡Qué engreído!...

ya se figura que es alguien.)

SANCHO.

(Te imaginas que me engañas,

yo haré que te desengañes.)

Escena IV.

—
Sancho.

Muy malo está el Conde, sí!...
 Dios sabe si morirá!...
 el doctor dice que yá
 el mal conoce, y le vi
 muy mala cara poner
 cuando allí le ecsaminaba;
 muy atento le miraba,
 y luego... ¿qué podrá ser?...
 La color tiene perdida:
 los ojos, tristes y hundidos,
 de sus miembros encojidos,
 parece que huye la vida.
 Se le agita el corazon;
 piensa solo en el pasado,
 y se pone en un estado
 que me causa compasion.
 Recuerda cuando delira
 sus delitos, sus placeres,
 habla á veces de mugeres,
 y al fin, nombra á Doña Elvira.
 Y en tan confuso tropel
 de ideas, que tanto le ofuscan
 los que en él la razon buscan
 solo encuentran un babel.
 Y si muere ¿quién será
 de esta tierra el soberano?
 pero me fatigo en vano,
 viva ó muera, Dios dirá!

Escena V.

Sancho, el Conde, y dos pajes que le traen.

CONDE.

Tú Sancho, acude á mi; ven al momento, ayudame á llegar hasta ese asiento; Vosotros, despejad; dejadnos solos. (*Se van los pajes*). Tú no sabes amigo, los dolores con que abrumado lucho: amargos sinsabores me persiguen do quier, padezco mucho: y este horrible dolor, esta agonía, van acabando la existencia mia.

SANCHO.

Pronto esos males calmarán, lo espero: con la ayuda de Dios y los doctores, que os asisten de España los mejores, con salud os vereis y placentero.

CONDE.

Dios no me ayuda ya!... infame con mis obras le he ofendido, y mi castigo cruel dispuesto sin duda está. Negras fantasmas por mi mente cruzan; mil dolores, oh sí!... me martirizan; mis entrañas parece desmenuzan; y mi furor atizan recuerdos de mi historia, que atormentan, horribles, mi memoria! De aquel anciano, la arrugada frente, me persigue do quier constantemente; y en mi profundo sueño, ayes sin cuento escucho: por mi mente las sombras del beleno vagan, inciertas, y despierto miro mil objetos que jiran á mi vista: escucho hondo suspiro, y pierdo la razón, sufro y deliro!...

SANCHO.

Sosegaos Señor, dejad recuerdos

que agraban vuestro mal; pensemos solo en vuestra salud; cobrad aliento; libre os hallais de la traicion y el dolo; desechad ilusion del pensamiento.

CONDE.

Sancho!... dime donde está?
¿donde está esa muger que en mi castillo se arrojó á penetrar?

¿no vió esa desgraciada, que el cuchillo en mi mano al momento luciria, y con su vida yo desesperado, confuso é irritado sin piedad acabaria?

¿Es cierto que acabó con mi esperanza sin temer atrevida mi venganza?

SANCHO.

En la torre se encuentra, que el mandato de mi Señor acato.

CONDE.

Y la mataste?... No no...! no es verdad? dílo!..

SANCHO.

No habeis mandando tal;
lo que ordenasteis, sin dudar cumplilo.

CONDE.

Ay Sancho!... que este mal me roe el corazon, y me devora esta sed sin igual... Oh!... me consumel... arde aquí... sil... La llama abrasadora...

Mi mente trastornada, se enloquece!... y alli delante, tengo á aquel anciano... mas allá... mas allá... una religiosa!... siento encima de mí, pesada mano... y miro abrirse por alli una fosa!...

Arráncame de aquí!... se me parte el corazon!... me faltan ya las fuerzas!... No sucumba mi ser, y caiga allí!...

Oh Sancho, ten compasion!... No quiero verla, no!... tapa esa tumba!... Ordoñez, Pablo y Adelaida, vienen!... ya han despertado de su largo sueño!... los aceros por mí en la mano tienen, y me persiguen con tenaz empuño!..

Libértame por Dios!... fuera del mundo

en busca de quietud, vamos los dos!...
 ese abismo cruel, es muy profundol...
 No me auxilias!... ¡Me dejas entregado
 á esa gente ferozl... no te conmueve
 Oh Sancho, en mi favor mi voz amigal...
 Pues bien!... huye de mí... Dios te maldigal..
 (*Cae en el sillón*).

SANCHO.

En que estado está!... infeliz!...
 no hay remedio para él!...
 (*Toca una campanilla salen los pajes*).
 Al Conde, pronto llevad
 al lecho: cuidadle bien:
 ninguno de allí se aparte,
 que todos fuerza es que esten! (*Se lo llevan*).

Escena VI.

Sancho.

Y quien será el soberano
 de estos dominios despues?...
 Si algun pariente viniere
 que traiga un amigo fiel,
 yo seré un simple criado;
 confidente, no seré:
 En este fuerte castillo
 mando del Conde despues,
 y entonces, solo seria
 mi destino obedecer;
 El Conde, sí!... morirá!...
 lo dice su palidez.
 No ha dicho su voluntad,
 y pronto vá á perecer... (*Pausa*).
 ¿Y quién será el soberano
 de estos dominios despues?

Escena VII.

Sancho: Ordoñez y Pablo puerta Secréta.

(Ordoñez sujeta por detras á Sancho, y Pablo le desarma.)

ORD. Muy poco puede importarte.

SANC. Traicion!...

ORD. Traicion, eso es!...

PABLO. Al otro mundo te envío

al punto que otra voz des!

SANC. Infames!...

PABLO. Silencio!...

ORD.

Amigo,

paciencia, y como ha de ser!...

como grites, eres muertol!...

ya desarmado te ves;

estamos muy decididos,

no pretendo ser cruel!...

¿Quereis matarme?...

SANC.

PABLO. Eso no!...

SANC. Pues entonces ¿qué quereis?

ORD. Las llaves queremos solo

de la torre: vengan pues!

Pero Ordoñez....

SANC.

PABLO. Eh! silencio!...

SANC. Mas las llaves....

PABLO. Eso es!...

SANC. Los presos...

ORD. Solo queremos

y por fuerza habrá de ser,

el darle en este momento

libertad á una muger.

¿Por donde entrásteis?

SANC.

ORD. Amigo,

poco tiene que entender

por una secreta entrada

- PABLO. que yo tan solo la sé.
¿A qué tantas detenciones?
al punto las llaves dé,
ó le mato, sin remedio,
por vida de Lucifer.
- ORD. Ya lo oyes: el muchacho,
á nada quiere atender;
las llaves ó te asesina.
- SANC. Aguardad yo las daré.
(*Las saca de la escarcela grande de cuero.*)
Tomad.
- ORD. En qué calabozo?...
- SANC. Tras de la angosta pared
el primero, entrando allí
por la derecha.
- ORD. Muy bien.
- PABLO. Si aqui vivo le dejamos
y nos quisiere perder...
- ORD. No haya miedo: que ese altar
gire al punto: gente fiel
tenemos alli apostada:
la verás aparecer;
- (*Abre Pablo la puerta Secreta, y se presentan cuatro hombres armados.*)
- SANC. Mas... cielos!...
- ORD. Ahora, al momento,
á este que mirais prended:
sacadle por ese lado;
llevadle donde sabeis....
- SANC. quiere huir). Socorro!...
- PABLO le detiene). Que te asesino!...
- Si gritas... No gritaré.
- SANC. El Conde está solo?
- ORD. No!
- SANC. ¿Los pajes... Están con él!...
- ORD. ¿Todos juntos?
- SANC. Creo que si.
- ORD. ¿Y cuantos son ellos?

SANCHO.

Seis.

ORD.

Llevalle!

SANCHO.

¿A donde me llevan?

¿de mí que quereis hacer?

PABLO.

Es muy cerca.

SANCHO.

Sin embargo...

PABLO.

¿Vas? ó mueres!

SANCHO.

Vamos pues.

(Vase con los hombres).

ORD.

Tú salvarás á tu hermana

á la torre te guiaré.

Sígueme, que vamos luego:

si se logra, estamos bien.

Escena VIII.

El Conde conducido por los pajes.

CONDE.

¿No está Sancho... no, no está!...

llevadme á sentar allí:

Estoy bien: dejadme yá:

Ay!... terminandose vá

el ser que alentaba en mí!...

A un dolor, otro dolor;

la convulsion y la sed!...

este mi mal, en rigor

no ha comprendido el doctor...

son duros cual la pared!...

¡Y ver escapar la vida...

escaparse por momentos

con la conciencia oprimida!...

con el alma dolorida

por tantos padecimientos.

Y pregunto la razon

de este mal que me devora

y me abrasa el corazon,

y se callan... compasion

alguno me tiene, y llora.

¡Yo compasion inspirar!...
 yo en medio de este sufrir!...
 yo tener que suplicar...
 A la vida renunciar
 y entre tormentos morir!

Ordoñez sale por la puerta izquierda y dá la vuelta por detrás del sillón, hasta colocarse delante del Conde con los brazos cruzado, despues de cerrar las puertas del foro, y de la izquierda.

Me parece que he escuchado
 el viento que en torno zumba....
 Pero.. Ordoñez!.. que he miradol
 es su sombra... que ha evocado
 el demonio de su tumba!...

Escena IX.

El Conde y Ordoñez.

Ord.

No soy Ordoñez, no!... Te has engañadol..
 no soy espectro que el sepulcro dejal..
 soy tu verdugo, que hasta aqui, arrojado
 viene á causar el miedo que te aqueja.
 He vivido á tu lado vigilante:
 he sido tu escudero... mas!... tu amigo!..
 tú dabas la sentencia, y yo al instante
 á tu víctima dábale el castigo.
 Por Ordoñez pasé; tú me creiste
 sin sospechar cual era mi esperanzal..
 en mis lazos al fin recio caiste;
 y ahora miro cumplida mi venganza.

Conde.

Este delirio el corazón me acosál..
 se turba sin cesar la mente mial..
 ya decidida abandonó la fosa
 para seguirme aqui, su sombra impial!..

Ord.

No es ilusion Oh Conde lo que miras!..
 es realidad, mas realidad terrible!..
 es la explosion de mis tremendas iras,
 y librarte de mi te es imposible!

CONDE.
ORD.

Si Ordoñez no eres tú, dime, quien eres?
Soy Julio de Oliver!... Soy el hermano
de aquella á quien brindaste mil placeres,
y deshonraste al fin como villano!...
El hermano de Clara, que ha vivido
á tu lado esperando este momento;
el hijo desgraciado, que ha querido
á su padre vengar, con tu tormento!...
Yo soy tu Juez aquí!... cuentas te pido
del honor de mi hermana: de la vida
de mi padre infeliz!... ¿lo oyes menguado?
mi padre ha perecido avergonzado!...
le arrancaste ecsitencia tan querida,
y mi hermana en un claustro se ha encerrado!..

CONDE.

Es esto una ilusion?... Es esto un sueño?
¿no me ves con un pié en la sepultura?
¿para qué me persigues con empeño?
¿para qué aumentas... ay!... mi desventura
y causas mi delirio... mi locura!...
Julio de Oliver tú!... Dios poderoso!...
Julio de Oliver tú!... Bien!.. ¿que me quieres?..

ORD.

Aumentar ese mal tan horroroso,
por el que tanto padeciendo mueres:
ya no eres Conde aquí, ni poderoso!...
Eres un criminal y ya la hora
llegó por fin de tu feroz castigo!...
tus entrañas, por llama abrasadora
consumiéndose van: ningun amigo
alza en tu pró, la diestra vengadora!...
De un anciano infelice, te burlaste;
él fiel, y á la maldad del mundo ageno,
por noble te creyó: tú le mataste,
y su hijo te acechó: su hijo sereno,
te hizo tomar abrazador veneno!..

CONDE.

Un veneno!.. traidor!... Y aquí... me abrasa!..
Sancho!... Pajes á mí!... donde se encuentran?
Oh!... todos me abandonan!... ¿qué me pasa?

ORD.

Las puertas he cerrado!... Ya no entran..

CONDE.

Ay!... Cielos!... Aquí tengo ardiente brasa
que termina mi ser: deja suspire

á solas con mi mal! que á Dios implore! ..
 que mi mente abrasada no delire!...
 que arrepentido mi desgracia llore,
 hasta que al cabo consumido espire!...
 No te apiadas de mí!... Quieres que diga!..
 Oh!... no puedo mas!... Quien en el mundo
 á que te mire sin cesar me obliga!...
 Por tí padezco mi dolor profundo!...
 Yo de tí quiero huir!... Dios te maldiga!...
(Quiere correr al foro, y cae al suelo).

Escena X.

Dichos, y D. Rodrigo con guerreros, puerta secreta.

ROD. El Conde... que es lo que miro?
 le matásteis?

ORD. Si señor!...

ROD. De ver tu maldad me admiro.

CONDE. Oh!... ya mi postrer suspiro...

ROD. Levantadle!... *(Le ponen en el sillón).*

CONDE. Es un traidor!...

Ya perdí... toda esperanza!...

grande... mi delito fué...

mas pesada... en su balanza...

si yo infame... le injurié...

mas infame... es su venganza!...

Oh!... ya... dejo de ecsistir!...

ante Dios... ya no hay encono...

quírame allá... recibir...

y me perdone!... al morir

tambien Julio... te perdono!...

(Espira: momento de silencio).

ROD. Y me llamaste traidor
 para que morir le viera?...
 no temiste...

ORD. No Señor!...

A mi padre, de dolor

hizo el Conde que muriera.
 Y yo vivo no estaria,
 si no me salva un amigo!...
 á mi hermana yo queria,
 y en un claustro, todavia
 por él sufre D. Rodrigo!
 El conde ya de ecsistir
 á acabado, que el dolor
 no lo pudo resistir!...
 mas tambien hizo morir
 á mi padre sin honor!..
 Quién se acerca?

ROD.

ORD.

Otra infeliz
 que en su sencilla morada
 pudiera ser muy feliz:
 tambien por él engañada
 llora su fatal deslíz!
 (*Corre á la puerta*).
 No entreis!...

ADEL.

ROD.

ORD.

(*A la puerta*). Le quiero ver!

No!

ADEL.

Es en vano vuestro anhelo,
 porque ya el Conde murió!..
 Dios le perdone en el cielo,
 como le perdono yo!...
 (*Cae en brazos de Pablo*).

FIN.

2.80
Cubensis promissus

-LE1

-T1

-SXIX

-An

-MALAG